

contraba abierto para hacer llegar mis pensamientos hasta vosotros, porque esto, en parte, llenaba mi deseo; pero como quería conocer el modo de efectuarse esta comunicación, me fué preciso estudiar, y la constancia, por fin, me condu- ce á felices resultados.

Voy á explicarme. Mi deseo de comunicar alcanza las proporciones de un frenesí, y vosotros también deseais lo mismo.

La mutualidad de deseo es como si se dijera los contac- tos de batería eléctrica, pero no produce sino movimientos y manifestaciones infructuosas, las que es preciso ordenar, estableciendo la armonía y mutualidad de acción.

Este es el primer período de mis observaciones en el mo- do de efectuar la comunicación.

*
* *

¡Los lazos fluídicos! He aquí una expresión que en vues- tro idioma equivale á no decir nada.

Conoceis, es cierto, los efectos del fluido eléctrico; pero estais muy lejos de poderlo definir. Yo tampoco puedo hacerlo; mas como en mi estudio me ocupo en conocer el modo con que se efectúa la comunicación espiritual, obser- vo, que sin necesidad de ningún hilo conductor se puede es- tablecer tan perfecta, cuando menos, como la que obteneis por medio del teléfono, si bien nuestro trasmisor y receptor son muy diferentes del vuestro.

Una voluntad formulando un pensamiento es el trasmis- sor; otra voluntad procurando recibir la inspiración es el re- ceptor; el contacto de pensamientos es el medio. He aquí lo que yo llamo lazos fluídicos.

Os es conocido—gracias al fluido eléctrico del que tanto partido puede llegar á sacar la inteligencia humana—la tras-

misión del pensamiento á larga distancia. En virtud de esto, creo no dudareis que pueda alcanzarse, por medio del fluido cósmico, un resultado más sorprendente que aquél que se obtiene por las manifestaciones eléctricas, pues mien- tras en esta invención se necesita todavía de conductores, los seres desencarnados pueden en proporción de su adelanto comunicar su pensamiento cada vez á mayores distancias, y éstas pueden llegar á ser inconmensurables.

Con las explicaciones que acabo de dar no dudo será me- jor comprendido lo que sigue.

Mi pensamiento, puesto en acción por mi voluntad, llega hasta vosotros, sucediendo otro tanto con el vuestro cuan- do á mí se dirige.

Sucede con el pensamiento lo mismo que con vuestro trasmisor eléctrico: jamás deja de funcionar cuando hay una voluntad que lo impulsa; pero no pasa otro tanto con los receptores que no pueden obrar sino quedan estableci- dos los contactos. Esto quiere decir que es necesario el intermediario lazo fluídico de que he hablado, para lograr la comunicación espiritual.

No es esta la única dificultad que es preciso vencer; que- da todavía la de las corrientes contrarias que es la más di- fícil de allanar.

En la primera, se encuentra establecida la comunica- ción de una manera que puede llamarse inconsciente, por- que el encuentro de voluntades casi así se efectúa; pero viniendo á la segunda, esto es, á las corrientes contrarias, se presentan muchos tropiezos, provenientes nada menos que de nuestro propio sér.

Expliquémonos. Cada espíritu, esté ó no encarnado, tie- ne su pensamiento que le es propio, y con él forma su ca-

rácter ó una cosa que en cierto modo constituye parte de su individualidad.

Un ejemplo de esto lo teneis en las controversias que en plática se entablan entre vosotros. Si notais en ellas ideas contrarias á las vuestras las rechazais ó bien las interpretais á vuestro modo.

La imparcialidad es muy rara entre los hombres, y precisamente esta es la cualidad indispensable que debe poseer el que intenta la comunicación espiritual, la cual se manifiesta por el esfuerzo en hacer abstracción de la individualidad, es decir, de las ideas propias, concretándose á que su mente no sea más que el receptor del pensamiento ageno.

El pensamiento se comunica del espíritu al cerebro con tal perfección, como si fuera producto de este órgano; pero no sucede lo mismo con el que pasa de un espíritu á otro.

Repito: el pensamiento es el idioma por el cual los espíritus comunican sus ideas y expresan sus sentimientos; no obstante, este lenguaje está muy lejos de ser la sucesión de palabras con las que el hombre manifiesta un raciocinio, aunque podría parecer de un exámen hecho á la ligera, que precede á la emisión de cada una de las frases que vienen á desenvolver una idea manifestada de viva voz ó por escrito.

Esto constituye un error sobre el cual llamo la atención, porque diré, á falta de otra palabra con que expresarme, que el pensamiento es un principio que pone únicamente en movimiento al cerebro, el cual, á su vez, trasmite al organismo sus distintas funciones, para la realización de todo cuanto el espíritu desea llevar á cabo.

El pensamiento de un espíritu libre del cuerpo carnal,

es emitido—según nos parece por la sensación que experimentamos—del mismo modo que se emplea en la tierra, esto es, por la palabra y por el órgano de la voz; pero ¡cosa rara! que esto no es notado por los espíritus que no hacen un estudio especial, con el fin de darse cuenta de ello.

Además, nuestra voz atraviesa distancias cada vez mayores á medida del progreso que realizamos, siendo en toda ocasión apercibida por aquéllos á quienes nos dirigimos.

Pero un estudio formal de comparación puede hacernos comprender que todo esto es mera ilusión y efecto tan solo de la costumbre, porque entre nosotros no hay distintos idiomas, sino que la idea emitida por nuestra voluntad pasa al sér á quien nos dirigimos, por unos hilos misteriosos—que he llamado **lazos flúídicos**—y el espíritu que la recibe la encuentra en sí mismo, por una impresión semejante á la que siente el espíritu encarnado por medio del cerebro cuando su nervio auditivo es herido por la vibración aérea.

¡Cuánta similitud hay aparentemente entre el mundo nuestro y el vuestro! y sin embargo, si se toma el trabajo de observar con atención ¡qué notable es la diferencial!

Esto, que parece una digresión del asunto que nos ocupa, no es sino una aclaración indispensable sobre la posibilidad y el modo de entablar relaciones entre los que se llaman vivos y muertos.

La comunicación que los hombres reciben de los espíritus, no siendo efectuada por los medios ordinarios que acostumbra la humanidad terrestre, es muy natural que esté llena de tropiezos é infunda desconfianza, y que muchas veces, también, no pase de ser un engaño; mas no por esto debe dejar de buscarse las ventajas que proporciona el estudio de ultra-tumba, puesto que los más de los conoci-

mientos humanos están sujetos á las mismas alternativas y no por eso deja de avanzar la ciencia.

Ya he dicho repetidas veces, que los lazos fluídicos ponen en comunicación el pensamiento del espíritu desencarnado con el encarnado, réstame decir de qué modo y por cuántos medios éste puede ser interpretado.

*
* *

El pensamiento es el motor del cerebro en el cual imprime sus distintas inflexiones, según lo que el espíritu desea manifestar.

Cuando la buena disposición del que se denomina **medium** en la comunicación espiritual, permite que su mente sea fiel receptor de la idea del espíritu que se comunica, la manifestación se produce por el medio más rápido que se puede obtener, esto es, por la palabra, porque sucediéndose sin interrupción produce como si se dijera una unificación de espíritus, pues la dualidad, que en verdad existe, desaparece en cierto modo con la identidad de pensamientos.

Por esto, cuando se establece este género de comunicación, la palabra posee todo el carácter y energía de aquel que la inspira; pero como ésta, además de necesitar gran flexibilidad por parte del medium, es fugaz, de ahí resulta que la comunicación se procura más bien por la escritura, recibiendo la inspiración intuitivamente.

Sigue después una escala que se puede llamar descendente, porque los resultados son menos perfectos y más pasajeros, puesto que hay mayor dificultad en comprenderse.

Los métodos por los cuales se puede poner en práctica la comunicación son muy numerosos, pues basta que se

produzca cualquier clase de señal sensible á la cual se le determine una significación convencional, para que, aun en el caso de necesitarse un trabajo laborioso y lento, constituya un lenguaje.

Ya he manifestado que el pensamiento establece ó produce una corriente en el fluido cósmico, y que dos pensamientos movidos por el mismo deseo de comunicar se ponen en contacto. Fáltame agregar que el punto donde este se efectúa es en el que se produce el fenómeno, sea el lugar que fuere.

En efecto, una vez establecido el contacto, basta que uno de los dos pensamientos se detenga en algún objeto; bien sea animado ó inerte, para que allí se efectúe la manifestación, sin que pueda servir de obstáculo la materia de que esté compuesto. Se necesita sin embargo, hacer una aclaración para evitar motivos de decepción entre los que pretenden obtener la comunicación espiritual.

Hasta aquí me he ocupado tan solo de la comunicación individual, esto es, entre dos seres. Ahora voy á tratar de la que se efectúa en colectividad, es decir, cuando uno se dirige á varios ó al contrario; ó también cuando queda establecida de cierto número de individuos á otro mayor ó menor.

En estos distintos casos, se presentan circunstancias favorables las unas y adversas las otras. Las primeras son aquellas en que todos los pensamientos van dirigidos á un mismo fin, y adversas las otras en las que cada individuo se encamina ó pretende obtener una manifestación distinta; en cuyo caso hay una diversidad de corrientes que no sirven sino para nulificar todo éxito ó cuando menos para hacerlo inapreciable.

La gran variedad de pensamientos en una reunión, pue-

de interceptar sino interrumpir del todo la manifestación, aun entre un *medium flexible* y un espíritu que en cierto modo le sea familiar por la frecuencia de comunicación.

Observando con atención y haciendo un estudio especial se nota que un círculo poco numeroso, cuyos miembros estén animados del mismo sentimiento, produce los mejores resultados en el fondo y filosofía de los dictados obtenidos, al paso que una reunión numerosa, unida también por las ideas y el deseo, provoca felices manifestaciones en los hechos llamados físicos.

Esto, sin embargo, no debe considerarse como ley absoluta, pues sucede que por una gran potencia medianímica —que depende de la afinidad entre los que comunican— un pequeño grupo de individuos alcanza á producir fenómenos, que no podrían tener lugar en la reunión más numerosa.

*
* * *

Después de los estudios verificados sobre la ley que determina la comunicación entre los seres encarnados y desencarnados, cautivan toda mi atención los grandes prodigios de la naturaleza, los que observo con especial cuidado, procurando fijarme en lo que más pueda seros útil para daros cuenta de ello.

¡Mi vista se fatiga siguiendo inútilmente las múltiples evoluciones de los mundos y de los soles que ruedan en miríadas infinitas!

¡Fenómenos de luz y magnetismo embargan mi sér, sintiéndome obligado á concentrar mi admiración en un objeto, para no ser deslumbrado por la variedad!

Los mundos desaparecen primero, después los soles; pero apesar de esto me encuentro inundado de luz.

¿De dónde viene esta potencia luminosa que me envuel-

ve cuando no se descubre ningún foco que la envíe? ¡Misterio! ¿Será, por ventura, que mi espíritu se ha remontado á las regiones de la luz ó es que ésta descende á mi pobre individualidad? Lo ignoro: sólo comprendo que me encuentro bajo un fenómeno extraordinario; y puesto que mi ambición constante ha sido penetrar lo desconocido, me entrego á él impulsado por el deseo ardiente de entrever los grandes misterios de la creación.....

La Tierra pasa bajo mis pies; la reconozco, porque veo su distribución geográfica. Sigue el planeta Marte y procuro detenerme en él.

Se me figura estar viendo nuevamente vuestro mundo; pero tal como podrá ser dentro de algunos miles de años. ¡Qué vegetación tan sorprendente! ¡Cuánto gozo en contemplarla!

Mas no se detiene aquí mi admiración, causándome mayor sorpresa distinguir ciudades y también poblaciones de distinta importancia.

Penetro en una de ellas y exclamo: ¡He aquí la verdadera ciudad de los palacios! pues tal me parecen sus más secundarias viviendas.

El tráfico existe en estos centros; pero las condiciones que aquí reinan no son las de la tierra.

Seres humanos son también los pobladores de este mundo; pero ¡qué hombres! ¡qué bello sexo tan admirable!—¿Se ocupan de la industria y del comercio como en vuestro planeta?—No lo sé todavía ni puedo asegurar que tengan agricultura, pues soy el viajero que acaba de llegar á un punto totalmente desconocido.

Me parece que todo lo que existe en la Tierra al lado de lo que aquí miro, es como si se compararan entre voso-

tros las edades salvajes con los centros civilizados de la actualidad.

Sus pobladores que he calificado de seres humanos, porque tengo la convicción de que lo son, distan tanto de los más privilegiados de vuestro mundo, como éstos se diferencian de los monos antropomorfes.

Me considero entregado á un sublime sueño y temo despertar sin poder referir lo que he visto. ¿Qué costumbres imperan en este punto habitado por seres que me parecen angeles? Procuraré conocerlas aunque sea superficialmente.

No sé si llamar industrial una ciudad en la cual no se percibe el humo del vapor; pero sí puedo decir, que el lugar en que me encuentro no debe aplicársele otro nombre que el de paraíso, puesto que es un jardín, el más delicioso, bañado por primorosas fuentes, y en el cual se pasean en bien ordenadas direcciones sus angelizados habitantes.

Los hay de todas edades si bien todos son hermosos, y no se encuentra uno solo que no vista con lujo. Su andar es tan ligero que parece se deslizan por el suelo....

Todos se dirigen hácia un gran edificio; y al penetrar en él yo les sigo. Nos encontramos en una espaciosa fábrica; ha pasado la hora de recreo y se va al trabajo. La máquina está en movimiento, todos vigilan: veo que de tiempo en tiempo algunos se mueven, pero no comprendo cuál es su ocupación.

Mi atención se redobra y observo que recogen magníficas telas. Esto aumenta mi curiosidad, pues todo funciona sin causar el ruido de vuestras fábricas tan imperfectas como insalubres.

El silencio cesa interrumpido por infinidad de voces formando un coro colosal. Son los trabajadores que buscan

distracción con sublimes melodías, mientras los productos de fabricación aumentan de una manera increíble.

¡Gran movimiento! El trabajo ha cesado cuando yo creía que estaba en su principio: ¡tan corto así me pareció el tiempo!

Todos salen y mi deseo es conocer el motor de esta fábrica. Sin duda será el vapor; pero ¡no se percibe el humo!¿Será la electricidad? Lo presumo, mas no puedo afirmarlo, porque no lo he visto todavía.

*
* *

Embargada mi atención por los resultados de un mecanismo que he visto funcionar sin comprender cómo, he lamentado la falta de conocimientos científicos que me pudieran servir de guía, para darme cuenta de su sencillez á la par que de sus ventajas y potencia.

Todos mis cálculos, todos mis pensamientos han salido frustrados. No es el vapor, no es la electricidad el motor que aquí tiene lugar: otro es el elemento impulsivo y no puedo determinar el principio en que se funda.

La utilidad que de estos conocimientos podría resultar á la humanidad terrestre, me tiene en el sitio donde, por un impulso de extraño afán, me siento como clavado; pero nada puedo por mí mismo. Necesito quien me ayude para poder en dualidad de trabajo, investigar la ley á la cual obedece este movimiento que puede llamarse continuo.

Dejando, pues, este asunto de mi estudio pendiente, paso á ocuparme de otra cosa.

Este planeta lo encuentro sorprendente en todo lo que contemplo, y el progreso de sus habitantes está en un grado tan superior al vuestro, que mi estado entre ellos es el del salvaje que por primera vez penetra en un centro civilizado.

No sé si me encontraría satisfecho formando parte de un mundo en donde vendría á ocupar un puesto entre los más inferiores seres humanos que lo pueblan, ó si preferiría mejor volver á vuestro planeta.

Tales son las reflexiones á que me conduce todo cuanto se presenta á mi vista; mas conozco en mi pequeñez que estas cuestiones sólo pueden ser resueltas por el sentimiento, es decir, por la simpatía que nos impulsa hacia los seres más semejantes á nosotros por su estado de progreso, cuyo lazo nos estrecha con aquellos que más afinidad tenemos por el amor.

Siguiendo mi deseo de ver y conocer me separo del lugar que tanto me atrae, para ir en busca de nuevas sorpresas. Me remonto hasta poder contemplar el panorama que presenta la ciudad y trato de saber el número de templos que su recinto encierra; pero ¡intento vano! pues no los puedo distinguir entre los demás edificios y dudo aún si los habrá. Quizá más tarde podré satisfacer esta inocente curiosidad.

¡Qué locomoción la de aquí tan desusada en vuestro mundo! Los medios son extraños y desconocidos para mí; pero sabed que las distancias se salvan con gran velocidad, y que el tránsito se efectúa sobre la tierra, sobre el agua y por el aire.

Mi admiración no cesa: siento que mi sér se turba á causa de tanta variedad y tan repetidas emociones. Por lo tanto, espero que este anormal estado termine, para poder explicar razonadamente las sorprendentes maravillas que tanto me afectan, y dar un giro ordenado á mi excursión.

En primer lugar, ¿qué ciudad es ésta en que me encuentro? Su nombre lo juzgo de poco interés tanto para mí como para vosotros; pero no es lo mismo tratándose de otra clase de investigaciones, para las cuales necesito ponerme

en contacto con sus habitantes. Mas ¡oh fatalidad! no conozco su idioma y es probable que ellos tampoco conozcan el mío. Sin embargo, probemos.....

¡Necio de mí! se me olvidaba que el pensamiento es el idioma universal de los espíritus y que en este mundo no represento otro papel. He sido comprendido y se me contesta.

¡Cuántas explicaciones demandan mi estado y la permanencia en este planeta!

La luz que ha llegado hasta mí y que desconocía el foco de donde emanaba, es el resultado del contacto del pensamiento de algunos de sus habitantes con el mío, es la chispa producida por el magnetismo ó electricidad de este contacto.

He sido atraído por un vehemente llamamiento ó evocación á la que ha correspondido mi ardiente deseo de remontarme á lo desconocido, aunque no sea más que para descubrir una pequeña parte de lo maravilloso que la creación encierra.

Heme, pues, trasportado á un mundo en que se trata de obtener mi materialización como espíritu, para servir al estudio y conocimiento de las leyes que rigen el mundo espiritual.

Así es, que me hallo en el caso de poder desempeñar un doble papel, es decir, puedo prestar mis servicios á los de aquí y á los de allá. ¡Qué ésto sea, como lo espero, para el mayor bien de la colectividad.

*
* *

La moral manifestada en este mundo bajo el sentimiento ¡AMOR! es más poderosa para impulsar al progreso, que lo que en la tierra lo es la sed de riquezas, que obliga á buscar el adelanto en los centros civilizados.

Este planeta, Marte, que según la Mitología terrestre lleva el mismo nombre con el cual se designa al **Dios de la guerra**, en la actualidad es un contrasentido; pues me encuentro en un mundo de paz, sin que por esto se entienda que en épocas remotas no hayan sido sus pobladores, los autores de sangrientas guerras y tremendas hecatombes.

La marcha de la humanidad se efectúa por leyes tan invariables, que sólo parece que las anteriores y presentes que han determinado el progreso en la tierra, son las mismas por las que ha pasado este planeta y quizá igual cosa acontece en todos los de nuestro sistema solar.

Con respecto á los demás, es preciso no aventurar suposiciones, pues nada hay que nos induzca á juzgar las condiciones que corresponden á mundos remotos y á sus pobladores.

Según los datos históricos que respecto de Marte puedo entrever, su población ha sido guerrera y ha tenido que conquistar su bienestar actual por el fuego y la sangre; la que se ha derramado á torrentes en el último trastorno tan aciago como terrible, pues se cree que las tres cuartas partes de sus habitantes perecieron en él. Mas por un principio de la ley inmutable de progreso, parece que esta sangre vertida ha sido el principio fecundante de la paz, prosperidad y amor, que hoy reina entre sus moradores.

La libertad, esa aspiración incesante del oprimido que lo elimina de la esclavitud elevándolo sobre el poder de los opresores, ha sido el grito de guerra; pero como son muy pocos los que comprenden lo que esta bendita palabra significa, he aquí que cuando la humanidad se lanza sobre la parte que la oprime no es sino para tornarse en opresora.

De esto es natural que se sigan las luchas sangrientas y

las crueles matanzas que traen consigo todo género de represalias.

En épocas como éstas, se levantan siempre algunos seres verdaderamente amantes de la libertad, y sin más armas que la palabra, la defienden con fe, guiados por el sentimiento amor; mas estos son quitados de en medio por las turbas combatientes como estorbos para sus bastardas miras.

Pero la sangre derramada multiplica el número de predicadores. El desorden, no obstante, continúa de una manera creciente y todo se debasta y arruina. Las voces de amor son desoídas; mas no por eso dejan sus apóstoles de predicarlo y de enseñar con sus hechos que este debe ser practicado sin medida.

La lucha sigue y los sostenedores de ella desaparecen de día en día por la matanza, mientras los propagadores del reinado del bien aumentan sus filas.— El triunfo de la paz no está lejano.

Por fin, el planeta se encuentra habitado—con muy raras excepciones—por los defensores del amor. Estos son víctimas todavía, por corto espacio de tiempo, de las fechorías de los pocos malvados que aun quedan, hasta que por último, desaparecen estos bajo la acción de sus propias maquinaciones y entonces es cuando la felicidad se ha conseguido para no perderse jamás.

Cierto que ha costado millares de víctimas y muchísimos sacrificios; pero ¡oh satisfacción de los que logran tan maravillosa conquista! Ellos, como apóstoles de la fraternidad, no han arrancado ni una lágrima de dolor, ni una sola gota de sangre á sus hermanos; pero sí han sabido ofrecer y derramar la suya en holocausto.

Dueños, al fin, de un mundo, no han podido menos que hacerlo el reinado de sus doctrinas; y donde impera el

amor, no hay necesidad de individuos que gobiernen en su nombre, pues no se conoce distinción de clases y sólo es reconocido el mérito del saber y de la virtud.

Las almas se elevan á Dios para darle gracias por sus bondades, lo mismo en el campo que en las ciudades, y tanto en las horas de trabajo como en las de recreo.

Así los templos se multiplican hasta lo infinito, pues cada habitante lo lleva en su pecho, y con su sentimiento de gratitud prodiga alabanzas sin cesar á su Criador y Padre. . . .

Ahora, es fuerza que nuestro trabajo tenga un paréntesis, para daros cuenta luego de los resultados de mi materialización.

VALERIANO LOZA.



Los dictados de Valeriano Loza, lo mismo que los demás que se siguen, han sido recibidos medianímicamente por los mismos individuos que hoy los dan á la luz pública.

El orden que estableció la Sociedad en sus trabajos fué la de reunirse dos veces por semana, en cuyas reuniones, por espacio de año y medio sólo se comunicaron los espíritus que en esta obra figuran por los nombres y apellidos que llevaron en la Tierra.

La parte filosófica-moral que constituye los libros primero y segundo, se obtuvo sin ninguna interrupción, es decir, todas las sesiones fueron ocupadas únicamente por el sublime espíritu que da su venerando nombre.

En la última parte ó sea el tercer libro, las comunicaciones vinieron alternadas, esto es, en una sesión asistía un espíritu y otro en la siguiente; pero los encargados de hacer la publicación, dispusieron darles el orden que guardan para mejor inteligencia del lector.

Los miembros que componen la Sociedad de Estudios Psicológicos, se consideran demasiado pequeños para alterar ni modificar en lo más mínimo ninguno de los conceptos aquí emitidos; en tal vir-

tud, protestan con la mano puesta sobre su conciencia, que esta obra está publicada con toda fidelidad.

Así, pues, íntimamente convencidos de que en tan noble y laudable tarea sólo han sido unos humildes servidores de la Providencia—que en su infinito amor se sirve aún de sus más pequeñas criaturas para el cumplimiento de la ley inmutable de progreso—su alma se siente verdaderamente satisfecha en poder hacer partícipes á sus hermanos—todos los hombres—de los consuelos que proporciona al espíritu la sublime luz que con tanta profusión se encuentra esparcida en todas las hojas de este libro.

Llenos de reconocimiento y gratitud hacia el Omnipotente, ofrecen estos dictados de ultra-tumba á la luz pública.

Por la Sociedad,

J. S.

*
* *

¡Qué grande es el amor de una madre! Ella es amorosa hasta con aquellos hijos que no la aman sino de nombre.

¡María, madre amantísima de los mortales, tú eres el faro que me guía en la borrasca deshecha en que se encuentra mi pobre sér! ¡A tí elevo mis humildes preces! Mas. . . . ¿qué puedo temer cuando bondadosa y tierna me recibes en tus maternales brazos?

Soy, es verdad, el hijo pródigo; pero siempre me ha guiado la buena fe que encierra una alma temerosa de Dios—!Oh Sabiduría Infinita, cuánto es tu amor! ¡Gracias, Dios mío, Padre de bondades infinitas!

*
* *

¡Qué confusión de ideas! ¿Dónde estoy? ¿Cuáles son mis aspiraciones?—No lo sé: el mundo es un caos de opiniones encontradas: todos los hombres tienen un deseo y a-